

TITULO

Sueño... sueños rotos

Carles Pérez-Villalba

DEDICATORIA

Dedicado a todas las vidas truncadas por las guerras de España

La mayoría de los auténticos héroes
son anónimos para la historia

Prólogo

En este libro, relato las experiencias vividas por mis abuelos en el norte de África. Vivencias que me contaron siempre que yo se lo pedía.

A través de su relato descubrí cómo de adolescente, mi abuelo fue el protagonista de un acto heroico que le valdría la primera de las ocho cruces rojas al mérito militar. Esa primera acción le marcaría el destino, posiblemente ya escrito, que le hizo convertirse en fiel partidario incondicional de su patria y de su rey, al que serviría primero como capitán de la mehala, la policía indígena. También descubrí su decepción después, al comprender que tanto su rey, como los que le rodeaban e incluso una gran parte de los españoles, no eran más que seres egoístas que vivían y pensaban solo para ellos, y que todo aquel que pensara diferente, pasaría a convertirse en el enemigo al que había que eliminar.

Aun así, él prefirió seguir siendo fiel a sus principios morales y éticos, incluso sabiendo que esta decisión solo le traería penalidades.

Al final... Mejor léanlo ustedes.

Carles P. Villalba Martínez

Capítulo 1
11 de diciembre de 1891

*¿Hice algo para merecer el nacimiento?
Fue un presente. Soy yo. Es un milagro*

Hugh Prather

—Faltan catorce días para las navidades y ¿ahora se le ocurre ponerse de parto?

—¡Eso lo decide Dios! ¡Mira que eres bruto cuando te lo propones, Nicolás! Pero siguiendo en tu línea, ¿por qué no te quejas a él? Ya que es él el responsable, bueno más que él... yo diría que el “responsable” eres tú. ¡Ja, ja, ja!

—¿Le parece gracioso, madre? —preguntó Nicolás frunciendo el ceño.

—No, a veces tú pareces gracioso, Nicolás. El niño o la niña nacerá cuando tenga que nacer y ni tú ni nadie podemos cambiarlo. Haberlo pensado antes... —Al hacer alusión nuevamente a algo tan íntimo como el momento de concebir a un nuevo ser, Nicolás volvió a ponerse un poco tenso—. Si mañana tienes que marcharte a África, pues ve. No te preocupes que a tu hijo no le va a faltar de nada.

—Tiene razón, madre. No he sido acertado en mi opinión, lo siento. Es que...

—Ya lo sé hijo, deseabas tanto estar los primeros días en familia... Tu formación militar te hace ser muy rígido a veces, y en ocasiones te impide darte cuenta de que aquí, en el mundo de la paz, no rigen las órdenes de los hombres, sino las de la Naturaleza, y la madre Naturaleza decide cuándo es mejor que nazca tu hijo. Y si ha decidido que es ahora, no se le puede contradecir, ¿o le vas a ordenar que se retrase?

—No sea tan dura conmigo, madre. Solo ha sido un comentario.

—Lo sé. Pero esos “solo comentarios” pueden hacer mucho daño en el alma de tu esposa. Ahora Mercedes lo que necesita es comprensión y cariño. Ya sabes..., el hombre propone y Dios dispone.

Y fue entonces en ese pequeño y precioso pueblecito de la comarca de El Andévalo, en la provincia de Huelva, en la villa de Alosno, donde nacería catorce días antes de la Navidad de 1891, un varón en el seno de una familia de militares españoles y al que pondrían de nombre Luis.

En ese momento, Alosno era un pueblo a cuarenta y cinco kilómetros de la capital, con una población de poco más de ocho mil habitantes, población que vivía de una floreciente minería. Esa villa sería la cuna de importantes personajes a lo largo de su historia: cantaores, un almirante, un pre-

sidente de Guatemala, un primer gobernador de Méjico, un presidente de Ecuador, un general en Colombia y ahora un hombre con unos valores éticos y morales dignos de poca gente. Su nombre: Luis Pérez López-Bago.

Sin él saberlo, iba a ser uno de los pocos o muchos militares españoles, según se mire, que iban a guardar, proteger y transmitir el sentido de la lealtad y de la fidelidad. Iba también a ser uno de los últimos personajes de la historia de España que iba a hacer del honor un santo grial.

El 23 de diciembre, a las puertas ya de Nochebuena, doña Mercedes salió acompañada de su hermana para comprar el pan. Bueno, en realidad, era la salida obligada por su ego, para lucir a su primer hijo, un orgulloso paseo para mostrar ese valioso y deseado regalo que la naturaleza concede a la mayoría de las mujeres que lo piden.

A las puertas del horno se encontró con el señor y la señora Toronjo que salían.

—Muchas felicidades, doña Mercedes —dijo la mujer mientras hacía el gesto de destapar un ladito del paño que le cubría la cara y Mercedes le decía que sí con la mirada—. Es un niño precioso.

—Gracias, doña Lola.

—Doña Mercedes, permítame una coplilla para el niño. Le dará buena suerte —dijo el señor Toronjo, que tenía buena mano para eso del cante, y dicho esto, sin esperar respuesta entonó su copla: “Mató a un gigante David, con una piedra mató a un gigante, y tú me estás matando con tu semblante. Que tu semblante mata a cuantos miran, que están delante”.

—Es muy bonito. Gracias, señor Toronjo, pero espero que mi pequeño no se líe a matar gigantes.

—No los matará, doña Mercedes, pero será un gigante en cualidades humanas.

—Dios les guarde a los dos.

—Y usted que lo vea, doña Mercedes. Y usted que lo vea.

Cuando ya doña Mercedes estaba dentro del horno y los señores Toronjo estaban caminando, la señora Lola le dijo a su marido:

—Buena gente son los Pérez. No tienen ese aire de suficiencia de muchos militares.

—Por eso les he regalado la copla, Lola. Precisamente por eso.

Capítulo 2
Acto heroico
1907

A menudo los héroes son desconocidos

Benjamín Disraeli
Primer ministro del Reino Unido y escritor

Años después, en el norte de África...

El comandante Nicolás Pérez Vázquez y su esposa Mercedes López-Bago Álvarez Surga ya llevaban quince años destinados en la zona de Melilla. Se encontraban en la comandancia de aquella ciudad disfrutando la Nochebuena de 1907 con su hija Araceli y su hijo Luis, gozando de esos días en los que la calma y la intimidad familiar suelen ser reina y señora de los hogares españoles, cuando sonó la campana de la puerta sobresaltando esa dulce quietud...

—Voy a abrir —dijo el comandante, sin sospechar la contrariedad que se le venía encima.

—Señor, soy el brigada Remal. Perdone la inoportunidad del momento, pero algo muy grave ha ocurrido en la barranca Sidi.

—Hable, brigada.

—El general Marina le pide que se presente para explicárselo, señor.

Ese 24 de diciembre de 1907 un grupo de cincuenta guerrilleros, sabiendo que en esas fechas los españoles celebran una fiesta a la que llaman Navidad y relajan un poco la guardia, atacaron el campamento más alejado de Melilla, en concreto el de los trabajadores del ferrocarril. Armados con fusiles Remington, mataron a veinte españoles: tres trabajadores, dos oficiales y quince soldados. Gracias a una inexplicable suerte, algunos de los atacados consiguieron finalmente escapar hacia Melilla, dejando tras ellos el cadáver del capitán Fernández Cuevas, ya que si lo hubieran recogido hubiera significado, seguramente, el exterminio de más soldados o incluso de toda la compañía.

Nada más llegar al cuartel de Melilla los recibió el general Marina.

—¿Qué ha pasado? Hemos oído disparos muy lejanos y estábamos a punto de enviar a una patrulla de reconocimiento.

—Nos cogieron por sorpresa, señor —contestó el teniente Garay—. Eran las seis de la tarde cuando, sin haber escuchado ni visto nada, sonaron disparos desde todos los ángulos. El primero en caer fue el capitán Fernández Cuevas que estaba haciendo un paseo de inspección y al momento se creó a su alrededor una barrera circular de disparos que tocaban el suelo a la par que se abrían agujeros en todas las tiendas. Algunos hombres cayeron en el momento en que se levantaban de sus sillas para ir a coger las armas. Los

que nos dimos cuenta de eso las pudimos coger arrastrándonos y a partir de ahí pudimos repeler el ataque.

—¿Cuántas bajas?

—Veinte hombres en total, señor; pero eso no es todo..., no hemos podido recuperar el cuerpo del capitán Fernández.

—¿Me está diciendo que han dejado allí al capitán Fernández? —objetó con rabia contenida.

—Si hubiésemos tenido una sola oportunidad entre cien lo hubiéramos recuperado, señor; pero no la había, señor. Quedó su cuerpo en una zona completamente ocupada y controlada por los rebeldes. Y si caíamos todos, luego hubieran venido hacia aquí por sorpresa y sin que nadie se lo hubiera impedido, general.

—¿Y ahora no van a venir? —preguntó el general Marina con sorna.

—Puede ser señor, pero ya no tienen el factor sorpresa. Yo creo que no vendrán hoy, si me permite la contestación, señor.

—Retírese, teniente. Valoro su opinión ya que lleva usted en esta tierra muchos años y conoce bien las costumbres de los nativos, pero no salga de sus aposentos en veinticuatro horas, le quiero tener a mi entera disposición.

El teniente Garay se fue a su casa dentro del cuartel, sabiendo que el general reflexionaría sobre si le iban a hacer un comité disciplinario para juzgar si había obrado conforme a las reglas militares o no, es decir si había huido del combate o si había hecho lo correcto. En cuanto pudo asearse y cenar, en compañía de su esposa y de su hijo David, les comentó lo ocurrido y así fue como el amigo de Luis se enteró de que había el cuerpo de un oficial español abandonado en tierra de nadie en este momento. Tras cenar y cuando Alberto se encontró con sus amigos Luis y Pedro, con motivo de las reuniones de Nochebuena, lo primero que les explicó fue el ataque que había tenido lugar en el campamento de los trabajadores del ferrocarril y el abandono del cuerpo del oficial.

—Vamos a buscarlo —dijo Luis.

—¿Estás loco? ¿Quieres que nos maten, sin más? —respondió sorprendido David a la vez que Pedro también asentía.

—Nunca más cuerdo. Tened en cuenta que los guerrilleros ya no cuentan con el factor sorpresa. No van a adelantarse hacia Melilla. Seguramente ahora estarán celebrando por todo lo alto en sus cabilas lo que para ellos ha sido un éxito en esta guerra y a su vez lo estarán narrando, como si de un cuento se tratara para que sea transmitido de padres a hijos como “el día que hicieron retroceder a un ejército ellos solos”. Mañana y pasado mañana, sí que empezará a ser peligroso, pues apostarán de nuevo sus vigías fantasma. Esos imposibles de ver, hijos del desierto, camuflados entre la arena como si fuesen dunas. Entonces sí que sería una locura ir, pero ahora no.

Lo dijo con tanto ahínco y con tanta fe que sucedió el milagro, convenciéndoles. Dejaron una nota encima de sus camas poniendo: “estoy con...” y cada uno puso el nombre del otro. Los padres interpretarían que estaban “en casa de...”, cuando realmente habían puesto que estaban “con...”, sin

decir dónde. Esa era parte de su coartada a la hora de recibir más tarde la reprimenda que les iba a tocar por ir donde no debían ir, pero no por mentir. Empezaban a utilizar argucias lingüísticas, las mismas que habían escuchado que se utilizaban en política.

La táctica que dirigió Luis fue la siguiente: se vistieron de oscuro, sin nada que pudiera brillar a la luz de la luna llena que había en aquel momento y salieron del cuartel con un caballo para poder cargar con el cuerpo, diciendo que lo llevaban al río para desparasitarlo, pues habían descubierto que tenía garrapatas y no querían hacerlo en las caballerizas para evitar contagiar a los demás caballos. Una vez fuera, en la ribera del río, le envolvieron las patas con trozos de manta para amortiguar el ruido de los cascos cuando pisaban sobre roca y lo cubrieron con unos harapos y un par de maderas para crear una forma irregular en su lomo, como si estuviesen transportando algo. Podían pasar, para quien los viese de lejos, por tres campesinos acarreado cualquier cosa de la huerta. Y así salieron a recorrer los ocho kilómetros que les separaban del lugar del asalto. La luna brillaba tanto que podían leer si lo hubieran querido. Veían perfectamente todos los accidentes del terreno y eso actuaba a su favor, pero también en su contra, ya que podían ser vistos. Vadearon el río por el puente y simplemente siguieron a lo largo de la vía en construcción. Al cabo de una hora y media estaban a un tiro de piedra de los restos de las tiendas de campaña del extinguido campamento. Se veían claramente, porque había dos calcinadas y las otras seguramente las habían desmontado y se las habían llevado para aprovecharlas. Incluso se podía decir que veían el cuerpo sin vida del capitán Fernández Cuevas. Era un bulto en el suelo entre esos restos de tiendas. En ese momento, Pedro Villalba habló:

—No sé si lo estamos haciendo bien.

—¿Qué? —respondió en un susurro ahogado Luis.

—¿Y si nos descubren?

—Pues si nos descubren, que lo harán, nos darán una medalla —respondió con sorna Luis.

—Me refiero a los moros —replicó Pedro, que debido a su miedo no había entendido la ironía.

—Lo hecho, hecho está. Ahora, cuando tenemos al capitán a menos de dos minutos, no podemos dar media vuelta. El castigo será más grande. Uno merecido por parte de nuestros padres y el otro merecido también por parte de nuestra conciencia, porque nos sentiremos cobardes el resto de nuestras vidas.

—No puedo, Luis. Nos estamos jugando la vida por un cadáver.

—No es solo un cadáver, Pedro. Es el cuerpo de un español que tiene a su familia esperándolo. Pero bien, no sigas, quédate aquí como guardaespaldas. Solo serán dos minutos para llegar, coger el cuerpo, cargarlo y en cuatro estoy de vuelta. Puedo hacerlo solo.

—Yo te acompaño —dijo David Garay. Pero Luis no estaba seguro de lo que podía hacer Pedro, así que se justificó como pudo.

—Ya lo sé David, aunque prefiero que te quedes con Pedro. Cuatro ojos ven mejor que dos y ahora viene lo que, sin duda, será más peligroso. Aunque puede ser que no suceda —repitió para Pedro—. En el caso que notéis algún peligro, chiscar el mechero; y si lo que me queréis decir es que salga por piernas, prended fuego a este trozo de ropa —dijo mientras cortaba un trozo de la ropa que cubría el lomo del caballo—. Hasta dentro de cuatro minutos. Cubrid vigilando ciento ochenta grados. Dependo de vosotros.

La luna iluminaba suavemente el terreno, aunque el cielo se había medio cubierto, cosa que les favorecía. Luis acercó sus manos al morro del caballo y suavemente, sin mirarle fijamente a los ojos, le dijo a modo de nana:

—Ahora confío en ti. No resoples, Teo, por favor. Y le acarició el cuello, recostando su cabeza en él. Sabía que eso tranquilizaba sobremanera a ese caballo.

Comenzó a caminar lentamente hacia lo que le parecía el cuerpo del capitán. Recorrió los trescientos metros en línea recta poco a poco. Luis intentaba estar tranquilo, pero tenía todos los músculos en tensión, dispuestos a saltar sobre el lomo del caballo para dar media vuelta y salir al galope si hacía falta, y esa calculada reacción le daba la tranquilidad que necesitaba para poder seguir avanzando. Sabía que si necesitaba hacerlo estaría junto a David y Pedro en menos de diez segundos y luego los tres, sobre el caballo, huirían de los veloces rifeños. Sería como correr a pie delante de un perro; aunque si los moros no tenían caballos seguirían teniendo ventaja y, como no era el momento de reflexionar y sí el de seguir adelante, llegó a cincuenta metros del cuerpo y comprobó que, efectivamente, era el cuerpo del capitán Cuevas.

No le habían quitado la guerrera porque los tiros la había dejado agujereada y ensangrentada y los moros eran muy supersticiosos en este sentido. No iban a llevar la guerrera de un muerto con agujeros en el pecho y en el estómago. Bendiciéndose a él mismo, Luis llegó al cuerpo del capitán, lo levantó cogiéndolo bajo los hombros y lo colocó derecho apoyado en el caballo, mientras le susurraba dulcemente para que no se asustase: “Quieto, Teo, tranquilo”. Cuando lo tuvo apoyado, bajó rápidamente a la cadera del capitán y de un golpe lo izó sobre el caballo con suma facilidad, ya que el *rigor mortis* evitó que se doblase de nuevo sobre el cuerpo de Luis. Quedó atravesado sobre el caballo y con ese bascular equilibrio, el cuerpo fue doblándose poco a poco por los extremos, mientras Luis recogía las correas que llevaba en el zurrón con las que enseguida lo ató. Volvió a acariciar al caballo, le dio una zanahoria que sacó de la alforja y susurrándole de nuevo dio media vuelta, rezando ahora ya sí para que llegasen salvos al campamento militar.

Los dos amigos estaban tan absortos con lo que estaba haciendo Luis que ni habían vigilado. ¡Menos mal que no hizo falta! De inmediato Luis llegó con el cuerpo a cuestras del caballo y, sin mediar palabra, los tres iniciaron el camino de vuelta, dominando las ganas de echar a correr, aunque poco a

poco empezaron a acelerar el paso. Cuando ya se encontraban a algo más de dos kilómetros del lugar del incidente, el aceleramiento se convirtió en un ligero trotecillo. Total que emplearon cien minutos en llegar y coger el cuerpo, y ochenta en volver, tres horas en total. Nadie se había dado cuenta de su partida. Eran ya las dos de la madrugada y aún quedaba alguna luz encendida. El centinela les dio el alto, asustado por la pinta que traían. Era el mismo que les había preguntado antes adónde iban y ahora, al traer un cuerpo sobre el caballo, no les reconocía y les apuntaba con el fusil.

—¡Alto! ¿Quién va?

—Somos Luis, Pedro y David, los hijos del capitán Luis Pérez, el teniente Garay y el coronel Villalba. Venimos con el cuerpo del capitán Fernández Cuevas.

—¡Ostia! —se le escapó al centinela—. Pasad y avisad al general.

—¿A estas horas? —dijo David.

—Sí, antes que a vuestros padres. Es un consejo.

Pasaron y se dirigieron hacia el barracón del general. El soldado que montaba guardia en la puerta se tensó mientras ellos se acercaban, pero al haber pasado tranquilamente la puerta y al ver al centinela que le hacía señas de que todo estaba bien, se tranquilizó un poco.

—¿Quiénes sois? —dijo.

—Somos del cuartel, hijos de oficiales. Traemos el cuerpo del capitán Fernández Cuevas. ¿Puede avisar al general?

—Claro que sí. La sorpresa le impedirá encarcelarme por despertarle.

—No me despertará —dijo el general saliendo por la puerta—. Estaba a punto de acostarme y les he oído. ¿Traen al capitán Fernández Cuevas? ¿Dónde lo han encontrado?

—En la barranca Sidi Amed, señor.

—¿Quiénes han ido a buscarlo sin mi permiso?

—Nosotros señor, nosotros tres solos —respondió Luis.

—¿Han ido ustedes solos a la barranca Sidi Amed a recuperar el cuerpo? ¿Lo saben sus padres?

—No, no lo saben, eso es lo peor. Rogamos su intercesión, señor para que el castigo sea menos duro. Acabamos de llegar. Ellos aún no lo saben.

—¿Saben...? Pasen dentro. Soldado, hágase cargo del cuerpo con todo el respeto que se merece. Despierte al sacerdote, a los amortajadores si están dormidos y luego a los padres de los chicos. Que vengan a mi despacho. Ah, también a las madres, es un día especial. Tranquilícelos, pero no les diga nada.

—Sí, señor.

—Pasad, chicos. Vais a tener que explicarme todo paso a paso, sin olvidaros ningún detalle. Explicarme lo que habéis hecho, cómo lo habéis hecho y hasta lo que habéis pensado en cada momento. Soy todo oídos.

Los tres chicos le contaron cómo había sucedido todo, omitiendo un poco el miedo sentido por Pedro. Al final del relato cuando el general les iba a decir algo llegaron los padres de los chavales.

—Con permiso, mi general, nos han ordenado venir. ¿Han hecho algo los chicos? —dijo Nicolás con absoluto asombro, pues no le cabía en la cabeza que su hijo pudiera haber hecho alguna gamberrada, aunque no descartaba que al haberse juntado con unos cuantos más hubiese podido suceder así. Los demás padres parecían sentir lo mismo, pero no osaban a hacer preguntas delante del general.

—Sí, comandante. Han hecho... méritos para ganarse una medalla. Han recuperado el cuerpo del capitán Fernández Cuevas.

Aguantó la mirada de los presentes, examinando las reacciones y disfrutando con ello.

—¿Han salido con una patrulla siendo menores, mi general?

—Han salido, sí, comandante, pero no en patrulla. Por favor, relájense, olviden las formas militares. Siéntense y tomen algo. Les voy a explicar lo sucedido, aunque luego los chicos les ampliarán los detalles.

Todos los asistentes se sentaron, sin perder del todo las formas, pero si visiblemente más relajados, esperando las explicaciones del general Marina.

—Sus chicos, orquestados por Luis, han recuperado el cuerpo del capitán en Sidi Amed. Han ido ellos solos hasta allí y han vuelto también ellos solos. Lo han hecho esta noche y en tres horas —continuó explicándoles lo que él acababa de conocer—. Han hecho lo que una compañía de soldados profesionales no pudo o no supieron hacer en su momento, aunque eso está aún por investigar.

El asombro se palpaba en el aire, pero no se atrevían a cortar al general.

—Antes de que empiecen a imaginar los reproches, que en su justo parecer deban hacerle a los chicos, tengo que decirles la conclusión a la que he llegado yo tras la explicación que me han dado sobre los hechos ocurridos esta noche. Solo se podía hacer sin una sola baja tal y como lo han hecho ellos, no había otra forma. Un grupo de soldados hubiese sido descubierto, por el ruido, por el polvo, por un relincho, por un tropiezo o por cualquier otro accidente imaginable. Esta noche los rebeldes daban por hecho que nadie iba a ir a recuperar el cuerpo y menos tres hombres solamente.

—¿Hombres, general? —interrumpió en el lapsus que imprimió a su discurso el teniente Garay—. No llegan a los diecisiete años.

—Sí, hombres. Hoy se han hecho hombres los tres, aunque no tengan aún los veintiuno. Como les decía, los rebeldes conocen bastante nuestro proceder. Sabían que no íbamos a enviar hoy una compañía a recuperarlo, porque estaban convencidos de que pensábamos que nos estarían esperando y por eso se han relajado. Supongo que también suponían que mañana iríamos con varias compañías, y nos presentarían batalla o simplemente se alejarían al divisarnos desde cualquier punto de vigía del monte Gurugú. Se llevarán una gran sorpresa. Desconocen que tengamos la capacidad de “guerrilla” que tienen ellos, la capacidad de actuar ocultos bajo la sombra de la noche y sin ser vistos. Hoy nos hemos ganado su respeto. No propaguen que no han sido soldados los que lo han hecho, porque para mí han actuado como sol-

dados. Les voy a proponer para una medalla. Ténganlo en cuenta a la hora de castigarlos. ¿Tienen alguna pregunta o prefieren hacérsela a ellos en familia?

—Mejor en familia, general —dijo Nicolás.

—Pues en ese caso, feliz Navidad, y no saben con cuánto orgullo se lo digo.

—Gracias, general, igualmente —respondieron casi a coro todos los padres.

Las familias se retiraron. Delante los oficiales y detrás los chicos, guardando el protocolo hasta que entraron en sus respectivos aposentos. Llegado el momento, se separaron para ir cada uno a sus casas. Se despidieron todos, quedando los chicos para el día siguiente. Luis no sabía lo que les pasaría a David y a Pedro, pero nada más llegar a casa su padre se dirigió a él:

—Si pienso como militar, lo que has hecho me llena de orgullo. Si pienso como padre me enrabia la desobediencia que conlleva tu... hazaña —reconoció finalmente—. Si os llega a salir mal, como padre estaría desesperado y, como militar, quizá mi carrera se acabaría aquí, porque podrías haber puesto en un aprieto a todo el regimiento si te hubieran hecho prisionero y si hubiesen querido canjearte. Has jugado con fuego, te ha salido bien, nos ha salido bien, pues como militar tu heroicidad me alcanza de una manera u otra, pero si te hubiera salido mal, hubiéramos salido perdiendo todos. No vale la pena el riesgo, otra cosa hubiese sido que supiésemos que el capitán estaba prisionero, que lo fuesen a torturar, que fuese a delatar elementos claves de la defensa de esta plaza, pero todos sabíamos que estaba muerto. No ha valido la pena. No vuelvas a hacer una cosa así. No me lo vuelvas a hacer. ¿Ha quedado claro?

—Sí, papá. Tal como lo has planteado tienes razón. Ha sido una imprudencia. No lo había pensado así. Lo siento, papá. Perdóname —le dijo de corazón.

Nicolás se lo quedó mirando un rato y luego le dijo:

—Dame un abrazo, hijo. —Se dieron un fuerte abrazo, un abrazo de hombre a hombre.

Al día siguiente, 26 de diciembre y festividad de San Esteban, los tres amigos se reunieron por la tarde.

—¿Qué os han dicho vuestros padres? —preguntó Luis.

—Me han encargado dedicación total en el cuidado de nuestros dos caballos. Soy el responsable de su limpieza, de la cuadra, de su alimentación, del cuidado, de los paseos... de todo —observó David.

—A mí, me miran como si fuera un búho. Supongo que aún no han decidido nada. Están confundidos, creo. Y... os tengo que dar las gracias a los dos —dijo Pedro con un nudo en la garganta, mientras callaba unos instantes.

—¿Gracias a los dos? ¿Por qué? —preguntó completamente sorprendido David.

—Por no haber dicho nada durante la explicación al general de mi acto de cobardía.

—¿Cobardía? ¿A qué te refieres? —le dijo ahora Luis.

—A que me hubiera vuelto para atrás al estar cerca del cadáver y a que entonces nadie se hubiera dado cuenta de nada.

—Pedro —le dijo Luis mirándole a los ojos—, para miedo el que pasé yo...

—Y yo —interrumpió David.

—Casi me meo encima —siguió Luis—. Tener miedo en estas ocasiones es normal y es porque tenemos sentido del riesgo, lo otro sería inconsciencia. Sabíamos el riesgo que corríamos y aun así recuperamos el cuerpo, entre todos, para tranquilidad de su familia.

—Sí, pero estuve a punto de largarme.

—Y yo —dijo David, que recibió una mirada de agradecimiento de Pedro.

—Y yo también —continuó Luis—, pero lo que cuenta, al final, es lo que hicimos y cómo lo hicimos. No te acuses de lo que no eres Pedro. No eres un cobarde por haber tenido miedo, al contrario, lo hubieras sido si te hubieses ido y nos hubieras dejado solos, pero no lo hiciste.

—No, no lo hice.

—¡Pues ya está! No lo eres. Y deja de martirizarte por ese sentimiento, Pedro. Te diré más, si tú fueses un cobarde por lo que has hecho, entonces ¿qué son los que no han hecho nada? ¿Todos los militares de este cuartel y de Melilla entera? ¿Todos?

Esta última reflexión, que le salió del alma, caló muy hondo en Pedro y le hizo cambiar el modo de ver las cosas y, tras unos segundos de silencio, se dirigió a sus amigos:

—Tenéis razón. ¡Qué tonto he sido!

—Bueno —dijo Luis, luego al unísono junto a David añadió—: ¡Ahora tonto!

Y los tres rieron.

—¡Qué buenos amigos sois!

—Por desengañarte, no por defenderte, Pedro, puesto que no hay nada que defender, que te quede bien claro —apuntó Luis, y todos se dieron un abrazo. Se había consolidado de nuevo su amistad.

El general Marina hizo un informe detallando lo acontecido y lo envió al Ministerio de la Guerra en Madrid. Al cabo de quince días recibieron la respuesta:

“El Gobierno de España, Ministerio de la Guerra, dispone que tras la lectura del informe del general Marina sobre los hechos acontecidos el 24 de diciembre de 1907 en Melilla, exactamente en el acto de recuperar el cuerpo del capitán Fernández Cuevas en territorio hostil por los civiles David Garay, Pedro Villalba y Luis Pérez López-Bago y tras comprobar el escrito con otras declaraciones de testigos del lugar y en deliberación cerrada efectuada por los magistrados con competencia para el otorgamiento de distinciones y medallas, ha decidido conceder la Distinción del Valor a los

civiles Pedro Villalba y David Garay y la Medalla del Mérito Militar, la Cruz Roja sencilla, al civil Luis Pérez López-Bago”.

El general recibió el parte, pero dejó para más adelante la ceremonia de entrega, porque en ese momento tenía otras prioridades de seguridad sobre Melilla y problemas en la pacificación de los moros. Dos meses más tarde, sin conocer la respuesta mencionada, la familia Pérez Villalba recibiría un nuevo destino provisional: Huelva.